Siglo diecinueve, 2023, vol. 29

págs. 305-321, ISSN: 1136-2308, ISSN electrónico: 2695-9240

LAS BARRERAS CONTRA EL MODERNISMO POÉTICO EN EL SALVADOR.

BARRIERS AGAINST MODERNIST POETRY IN EL SALVADOR.

Rigoberto Guevara
University of Nebraska-Lincoln
ORCID: 0000-0003-4439-7954

Resumen: La poesía modernista salvadoreña es muy escasa en comparación con la producción poética anterior al período del crucero de los siglos XIX y XX. Aunque los poetas son privilegiados y patrocinados por los gobiernos liberales de turno que impulsaban el progreso y la modernización tanto de la ciencia como la economía y la cultura, los bardos que se adentran al modernismo son relativamente pocos y salvo unos dos, nunca se dan abiertamente a este. Existían varias barreras que intencionalmente o no, hacían obstáculo a la nueva actitud artística y vital que arrasaba Hispanoamérica. Este estudio destaca tanto las barreras coetáneas del crucero de los siglos XIX y XX, como las póstumas, en un esfuerzo para mejor entender y apreciar la contribución salvadoreña al Modernismo poético hispanoamericano.

Palabras clave: Modernismo. Poesía. Liberalismo. Barreras. Nacionalismo.

Abstract: Salvadoran modernist poetry is significantly less than the poetry produced during the previous decades of the 19th Century, even though poets were privileged individuals sponsored by the presidential administrations from the onset of Modernism, circa 1880. Few poets wrote modernist poetry, and even fewer gave themselves fully to it, even though the artistic and vital attitude that was Modernism was sweeping Latin America. This study highlights the barriers that impeded the full manifestation of Salvadoran modernism back in the day, and the barriers put in place later, in an effort to better understand and appreciate El Salvador´s contribution to the genre.

Keywords. Modernism. Poetry. Liberalism. Barriers. Nationalism.

INTRODUCCIÓN

Cuando Marcelino Menéndez Pelayo señaló que en El Salvador había “muchos poetas para tan pequeña república” (1911: 212), con evidente reparo confirmó que el número de salvadoreños que escribía

poesía era extraordinario y al mismo tiempo puso en tela de juicio lo que se consideraba ser poeta en dicho país. Como evidencia la extensa compilación de poesía salvadoreña compuesta por Román Mayorga Rivas, La guirnalda salvadoreña 1884, 1885 y 1886, cuyos tres tomos llegan a casi mil páginas, en El Salvador hubo un impresionante número de poetas durante el siglo XIX de talento indiscutible. Sin embargo, es necesario notar que los poetas de estos tiempos en El Salvador no pueden ser definidos bajo un criterio que para ellos no existía o no les era posible: darse de lleno a la poesía y templar sus actitudes hacia el arte como único fin. Ninguno de ellos se dedicó exclusivamente a la poesía o a la literatura, y muy pocos la utilizaron para promover ideologías o causas más allá de sus impresiones o meditaciones individuales. Pero no hay duda que escribir poesía era una actividad muy valorada no solo como una habilidad artística, sino también de alto desarrollo intelectual y prestigio más allá de todos los otros logros profesionales, desde periodistas, políticos, religiosos, científicos u hombres de negocios. Por tanto, los hombres cultos que verdaderamente se dieron de lleno al arte fueron muy pocos, y aún más pocos los que lograron hacerlo su primera profesión hasta ya bien entrado el siglo XX.

Contrario a lo que estaba ocurriendo con poetas del período modernista en otros países hispanoamericanos, los poetas salvadoreños de finales del siglo XIX y principios del XX no eran vistos como vagos inútiles, perniciosos, o bohemios que no contribuían al desarrollo de sus naciones, aunque más de uno trató de seguir el estilo dandi. Desde que los liberales acceden al poder con la elección del general Gerardo Barrios 1860-1863, comienzan a dar valor de Estado a la educación, que juntan con la promoción del arte y la cultura moderna para utilizarla como herramienta para agrandar la imagen del jefe de turno de las siguientes administraciones. Esta estrategia la siguieron tanto conservadores como liberales, republicanos o autoritarios. Ya para 1880 son específicamente los poetas los que buscarán el protagonismo nacional entre los hombres cultos. Joaquín Méndez, director de la revista científico-literaria, Juventud (1880-83), dirigiéndose al estado de la literatura salvadoreña hasta entonces hace un llamado de entre los letrados, específicamente a los poetas a ocupar la escena, mientras busca la renovación de la poesía: "No se contente con cantar idilios, que son los acentos de infancia de la literatura; aborde el poema, el drama, la tragedia; destruya ese círculo donde nuestros poetas se han cansado de vivir aprisionados" (Cit. en Baldovinos 2016: 64). Pero inverso a la esperanza de Méndez, no parece que los poetas se liberaron del círculo aprisionador con suficiente soltura para abrazar plenamente al Modernismo poético que ya llegaba a América en esa década. La tierra tan fértil para poetas resulta tener barreras para la poesía modernista y vale la pena preguntarse por qué hay tan poca poesía modernista en la pequeña república de tantos poetas.

BARRERAS INCORPORADAS: CONFORMISMO Y COMODIDAD

Es irrebatible que los poetas jóvenes quieren y adquieren un patrocinio estatal al mismo tiempo que en teoría se encausan a practicar una poesía más libre y con cierta meta común para dejar de ser prisioneros de la tradición romántica o clásica. De esta forma rompían abiertamente con la vieja generación cuya cualidad era la individualidad creadora, por así decirlo, sin tendencia común, sin una escuela coherente o una visión o deseo de un arte nacional (Escobar Galindo, 1987: 10). En esa nueva realidad anunciada por Méndez, pues, ser bardos de la joven generación les convertirá en funcionarios públicos, formales o informales, relativamente privilegiados en la nación al lado del gobierno de turno, más favorable que nunca durante la administración liberal y autoritaria del doctor Rafael Saldívar (1876-1885), hombre culto que personalmente se involucraba en la promoción del arte subsidiando tanto la asociación La juventud, como la revista Juventud, dirigida por Méndez, o periódicos dirigidos por otros poetas. La presidencia del liberal Francisco Menéndez (1886-1890) fue también próspera para los hombres cultos ya que el mandatario se inclinaba por la cultura, el arte, la educación, y favorecía a los poetas en particular. Ambos presidentes antes mencionados acogieron a los poetas en sus círculos, entre ellos al nicaragüense Rubén Darío cuando anduvo visitando El Salvador en dos ocasiones. El poeta niño en el caso de Saldívar y el para entonces famoso modernista con su Azul (1888), en el caso de Francisco Menéndez. Cabe señalar que cuando Darío llega a El Salvador por primera vez al principio de los 1880 su única reputación es ser poeta desde su adolescencia, pasaporte poderoso en ese entonces para ingresar a los círculos de poder y prestigio en la pequeña república. Ya para la segunda visita a finales de la década no solo es poeta con cierta fama internacional, sino también periodista.

Esta relación entre los gobernantes y los artistas es lo que Baldovinos ha calificado como la literatura y el arte de mecenazgo (2016: 17). Estos mecenazgos se mantenían mientras los artistas sirvieran al mandatario, de lo contrario, el encarcelamiento y el destierro eran aplicados con la misma facilidad, como le ocurrió a Vicente Acosta, por ejemplo, desterrado por el presidente de turno. La realidad en El Salvador de la segunda mitad del siglo XIX en adelante es que el arte y la ciencia hacían al hombre cabal: moderno, educado, de talentos múltiples, es decir, lo que debía ser un liberal culto, y elitista, que dirigía la lucha nacional por la modernización y el progreso a toda costa. Por tanto, acogerlos dentro de las administraciones era una estrategia muy válida y muy astuta desde el punto de vista del hombre fuerte que quería mantener control de su gobierno y de sus contrarios potenciales, fueran estos poetas o periodistas.

Empero, muy pocos de los poetas salvadoreños de estas décadas traspasaron fronteras con la facilidad o al igual que otros poetas centroamericanos, pero en el ámbito nacional con el mero hecho de escribir poesía representaban el nivel más alto del proyecto nacional liberal: dentro de

los hombres cultos, los bardos marcaban la cúspide del progreso educativo y cultural. Por tanto, no necesariamente les afligía la falta de reconocimiento internacional en las últimas décadas del siglo XIX, cuando gozaban de prestigio y acceso al poder practicando el estilo de arte que conocían muy bien. Por ende, no se adentran con soltura en las innovaciones de la poesía modernista. Esta actitud doméstica, nacionalista, o provinciana en muchos casos, será irónicamente la primera barrera contra el Modernismo. Conocían la nueva expresión en América ya para 1882, pero en El Salvador, como afirmó Felipe Toruño "aunque buscaban instrumentos nuevos para expresar entusiasmos e inquietudes […] No había quien se atreviese a saltar la cerca romántica para caer en predios que fueron propios para los que actuaron post siglo XIX" (1957: 175). Añade que "Los poetas modernistas abandonarán la tristeza y las novias tísicas. Será la neurosis, el hastío, la 'melancolía de haber amado junto a los blancos muslos de Leda' y el esplín de los ingleses" (Toruño 1957: 178), y de esto, aparentemente, los poetas salvadoreños de finales del siglo XIX tienen muy poco que poetizar: ni la depresión, el cansancio vital o los deseos eróticos, casi divinos, o la amargura se les manifiesta para poetizar. Fueron raros tiempos dorados en la pequeña república. Estos límites creativos auto impuestos por los mismos poetas, sin embargo, no serán evidentes hasta unas décadas más tarde cuando otra generación de poetas y críticos toman consciencia del estado de la poesía nacional: "a partir de 1950, los escritores y los poetas ya no se resignan a la pequeña gloria municipal, sino que aspiran al eco internacional: entonces la limitación marginal es más dolorosamente sentida, y alimenta las ya abundantes frustraciones del entorno" (Escobar Galindo, 1987: 8).

ACTITUDES HACIA EL MODERNISMO

Había, además, una barrera coetánea adicional que vale la pena considerar: la actitud hacia la poesía modernista y el Modernismo. Como se nota todavía hoy, la referencia hacia el Modernismo como "el modernismo decadente", "el decadentismo" o "el simbolismo decadente" la utilizan con mucha frecuencia muchos críticos. Esto ocurría ya para finales del siglo XIX entre los letrados de El Salvador quienes se apegaron al término despectivo "decadentismo" para identificar al Modernismo. No resulta descabellado concluir que con ello crearon un estigma sobre los que escribían poesía modernista, o por lo menos, renuencia a entregarse a esta con soltura. Pocos letrados se dan de lleno al Modernismo, salvo Arturo Ambrogui quien se dedica sobre todo a la crónica periodística modernista,[1] algo que era nuevo en sí, y el poeta

1 Una relación entre la crónica y la modernidad salvadoreña, otras luchas por el arte y la contribución de Ambrogui a las letras salvadoreñas se puede ver en el artículo de

Vicente Acosta, primo del primero. El resto de los poetas que escriben durante el período modernista lo hacen con bastante cautela. Ambrogui, de hecho, mencionó más de alguna vez que era ridiculizado por su apego a la crónica modernista. No resulta difícil ver cómo un simple término puede ser una barrera tan grande si consideramos la connotación del adjetivo "decadentista" para hacer referencia a la poesía modernista, y "decadentes" a sus practicantes. Escribir en un estilo artístico y de temas decaídos es incompatible con el liberalismo y el liberal letrado de la nación. Ser decadente es lo opuesto a lo que se aspiraba a ser: moderno, conocedor de lo más nuevo, de lo más innovador, del progreso, que no calza de ninguna manera a ser modernista. Como indiqué anteriormente, en El Salvador los poetas del crucero de los siglos xiX y xx encarnaban el progreso liberal y no se consideraban un obstáculo como en otros países.

Podemos añadir también aquí otra actitud que aminora la poesía modernista: la falta de suficiente interés con el Modernismo. Los hombres cultos ya eran poetas afrancesados pues ya tenían la sabia francesa con el romanticismo, al cual se habían apegado con ahínco, y no veían con entusiasmo un afrancesamiento sin causa, es decir, sin revolución social, económica y política. Es verídico que los poetas de la segunda mitad del siGLO xix gradualmente agregaron el romanticismo francés y el pensamiento francés, que se manifestaba como lo moderno, tanto en el arte como en la vida social, cultural y política de las minorías cultas. Como tales, consideraban que habían superado el atraso español en todos los planos. Se afrancesaron y aferraron al estilo romántico con pasión y ponían severas barreras a cualquier cambio que amenazara su revolución y sus posturas modernas.

Es de notar que el mismo Francisco Gavidia no se adentra en el Modernismo con suficiencia. Más bien, escribe varios poemas modernistas, pero no es un poeta modernista con la suficiencia de Vicente Acosta. Pero a su juicio y el juicio de algunos críticos un poco sobreimpresionados por su humanismo trascendental, tiene papel fundacional en el Modernismo. Críticos estudiosos del Francisco Gavidia como Cristóbal H. Ibarra (1958), José Salvador Guandique (1965), Roberto Armijo y Napoleón Rodríguez Ruiz (1967), José Mata Gavidia (1965), Mario Hernández-Aguirre (1968), Felipe Toruño (1969), Luis Gallegos Valdés (1962), David Escobar Galindo (1987), entre otros en investigaciones menores, como Feria Vázquez (2017: 337), Stephen Urbanski quien califica a Gavidia como proto-modernista (1974: 33), ponen a Gavidia con el fundador del Modernismo. Algunos lo limitan al "modernismo criollo", es decir, el modernismo en El Salvador, mientras que otros lo ven como el que le abrió los ojos a Darío a la renova-

---

Ricardo Roque Baldovinos, "Para una filosofía del hecho menudo: Ambrogui y la crónica modernista" (2018).

ción del verso y el resto es historia. Gavidia, una vez que ha experimentado con el Modernismo y escrito algunos ensayos sobre cómo renovó el lenguaje y el alejandrino modernista, vuelve al romanticismo y al estilo clásico, para luego soltarse por la atención a la historia y cultura nacional, creando, de acuerdo con la mayoría de la crítica reciente, la poesía moderna salvadoreña. Es sin duda el más prolífico de los autores hasta hoy en día, pero no en el Modernismo.

Como indica Baldovinos, "quizás más que el primer modernista, Gavidia es el último gran hombre de letras salvadoreño: un intelectual que construye una autoridad discursiva que no es plenamente literaria, en el sentido moderno del término, sino el más tradicional de la literatura como la matriz del pensamiento racional (2016: 111-13). Galindo declaró tajantemente a Gavidia como el iniciador del Modernismo y maestro del joven Rubén Darío (1987: 11). Algunos críticos, como el antes mencionado Baldovinos (2016: 107) bromean un poco con esta versión de un modernismo gavidiano, porque es irrisorio seguir considerando al Modernismo como un caso de versificación y renovación del adjetivo, como lo es asumir que los erróneamente llamados pre modernistas (Casal, Silva, Nájera, por ejemplo) no llegaron a ser modernistas plenos porque no les llegó el invento gavidiano vía Rubén Darío.[2] Lo que Gavidia hizo fue traducir a Hugo, estudiar la versificación francesa y adaptar al castellano el alejandrino francés, con un deseo de renovar el verso cansado de Bécquer, de lo que charla con el joven Darío cuando este está en El salvador durante su primera visita entre 1881-83, el nicaragüense de 15 años y el salvadoreño de 19. Además, publicará algunos artículos sobre la renovación métrica y la poesía o poetas modernistas, se entusiasmará, pero no se dará de lleno a su "invención". No obstante, Ignacio Gómez ya había utilizado el alejandrino en el romanticismo y la renovación de la expresión y del lenguaje. Además, la ruptura con el verso cansado ya se puede ver en José Martí ("quiero a la sombra de un ala"). Para dejarlo claro, ni el Modernismo es simplemente un caso de métrica y lenguaje ni Gavidia fue maestro de Darío en el sentido verdadero de la palabra. Charlaron, Gavidia le explicó lo que estaba haciendo con la versificación, su traducción de Víctor Hugo y otros intereses que compartían, como el afán de poetizar cosas nuevas para las cuales el lenguaje ponía barreras, por lo que determinan que es necesario inventar una nueva expresión. Tanto Darío en su Historia de mis libros como Gavidia en diferentes ocasiones cuentan la historia (1904) y ambos reconocen que juntos se entusiasmaron por una nueva expresión poética.

---

2 No es mi intención aminorar la gran obra y la figura de Gavidia, más bien, simplemente pretendo señalar las tendencias críticas que son incapaces de soltarse de una obligada asociación con Gavidia como fundador del Modernismo, pues no lo fue, ni para los poetas salvadoreños ni para los poetas hispanoamericanos. Como polifacético y capaz que era, contribuyó con su parte, nada más.

Debemos considerar, también, que la segunda generación de los jóvenes poetas románticos salvadoreños se inspiró mucho del romanticismo español, particularmente del poeta español Fernando Valverde. Efectivamente cuando Rubén Darío está en El Salvador por segunda vez declara que va a quitar a Valverde de la poesía, que va a derrocar el romanticismo de los jóvenes poetas salvadoreños y popularizar una nueva forma de hacer poesía. Por tanto, que fueran ya afrancesados no explicaría la falta de interés o la inhabilidad de participar plenamente en el Modernismo. La barrera se hace evidente porque todavía estaban muy apegados al romanticismo a la llegada de los 1890, cuando el resto de Hispanoamérica está en pleno Modernismo.

ES UNA LA LUCHA CONTRA TODO

El desarrollo de la poesía salvadoreña se ha visto influenciado por su poca valorización internacional. Como indicó Escobar Galindo, no se puede estudiar sin considerar, "el fenómeno de marginalidad: de Hispanoamérica dentro de la cultura de Occidente; de Centroamérica dentro de Hispanoamérica; de El Salvador dentro de Centroamérica" (1987: 7-8). En este escenario, la poesía salvadoreña aparece muy desventajada, por tanto, su desarrollo y difusión más allá del ámbito nacional es relativamente poco, como es su valorización fuera de la nación. La poesía modernista será también atacada simplemente por ser salvadoreña por críticos arrogantes, varios de ellos españoles, cuya intención claramente es denigrar por el simple lugar de origen. Nadie mejor que Navarro Ledesma, crítico español, ilustra este ataque focalizado sobre la poesía salvadoreña y ampliado a Centroamérica hasta cubrir toda Hispanoamérica. Impúdicamente ataca al poeta salvadoreño modernista Vicente Acosta y su poesía en La lira joven 1890, como también a sus prologuistas, Rubén Darío (nicaragüense) y Francisco Gavidia (salvadoreño), ambos grandes poetas centroamericanos y los más logrados de sus respectivos países hasta nuestros días:

> Vicente Acosta no se parece en nada a su casi paisano Rubén Darío, ni a otro alguno de los poetas coloristas, decadentistas, parnasianos, delicuescentes, banvillistas y victorhuguescos, que tanto abundan en América. Pero lo malo es que el no parecerse a esos bardos no constituye una cualidad positiva en Vicente Acosta, sino pura y exclusivamente negativa. No se parece a ellos, porque siquiera esos señores tienen tales o cuales rarezas o extravagancias de forma que dan a su lectura cierto interés, aunque sea un interés malsano y poco artístico. (Cit. por Miguel A. Feria Vázquez, 2017: 343)

El mismo desprecio se puede observar en la conocida obra de Antonio Balbuena, Ripios ultramarinos (1893), cuyo título desprecia desde el principio toda la poesía hispanoamericana, para focalizarse en poetas y poemas particulares y destrozarlos. Este también ataca al poeta modernista salvadoreño Vicente Acosta y a sus prologuistas, Darío y Gavidia, ambos

poetas malos según el crítico español.[3] Varios otros críticos extranjeros tendrán estas actitudes negativas y de desprecio hacia la poesía hispanoamericana, particularmente la modernista, pero no son los únicos. El poeta y crítico salvadoreño, Roberto Cea, hace afirmaciones similares hacia todos los poetas del tiempo del modernismo, excepto Francisco Gavidia, a quienes califica como gente que escribía muy mal, que no sabía lo que estaba haciendo y solo eran poetas por ser apadrinados del mandatario de turno. Este tono también se detecta en otros críticos salvadoreños del siglo xx quienes piden a gritos ideas a la poesía de las últimas décadas del siglo xix y las primeras del xx, ideas que se rehúsan a ver en toda la poesía que rechazan porque no coinciden con las suyas o con las que están en boga a partir de la segunda mitad del siglo xx.

PEQUEÑA REPÚBLICA, PEQUEÑO MERCADO

El mercado nacional es muy reducido ya que solamente las elites culturales consumen la poesía,[4] y esto automáticamente sugiere una producción limitada. Aunque la capital de la república, San Salvador, es sofisticada y moderna para su tiempo, es una pequeña ciudad de menos de 30K habitantes para 1900, que junto con el desprecio por el resto de Hispanoamérica hacia la poesía salvadoreña (Escobar Galindo 1986: 7-8), simplemente no permite el desarrollo pleno de los poetas. Esta barrera es efectiva hasta cierto punto, pero como ya indicamos, a los poetas salvadoreños de las últimas décadas del siglo xix no les preocupaba mucho la fama internacional, aunque no la desdeñaban, para impedirles adentrarse de lleno al Modernismo. Además, esto aplicaría a todos los estilos de la poesía, no solamente a la modernista. Francisco Gavidia no pierde la ilusión con su poesía romántica o clásica simplemente porque no es apreciado suficientemente afuera de la nación. Como ya documentó Mayorga Rivas, esto no fue un obstáculo para la producción poética clásica ni romántica en el ámbito nacional antes del Modernismo. Sin embargo, era una actitud que los verdaderos poetas, por así decirlo, esos que querían verse valorados por poetas antes que otra ocupación, denunciaban. Rubén Darío luchó por lo que ahora conocemos como el derecho de

3 Antonio Balbuena hizo buen provecho de su crítica mordaz hacia la poesía que él consideraba ripio, dejando claro que no era poesía. Critica duramente y sin reparos temas, expresión, métrica, ideas y hasta puntos y comas, consonantes y vocales. Aunque nuestro interés es sobre América y El Salvador, estas no eran las únicas áreas en las que se enfocó Balbuena. Con la misma energía despedaza los ripios aristocráticos, ripios geográficos y más.

4 En realidad, no es que la poesía o toda palabra escrita sea para las elites. Es que el saber leer sugería elitismo en una nación donde el analfabetismo era la norma. El pequeño grupo de personas que pueden leer en la nación es la barrera más imponente.

autoría y por el valor del trabajo del poeta. En prólogo a La lira joven (1890) de Vicente Acosta, único poeta salvadoreño que podemos llamar modernista sin reparos, se suelta en defensa de la poesía y denuncia el paupérrimo mercado en El Salvador y Centroamérica, según le advierte:

> No hay sino escasísimos editores en la América hispana que paguen la producción intelectual, acercándose un tanto a la justicia.
>
> Así pues, mi buen Acosta, el libro debe ser mirado como un artículo de necesidad y por consiguiente, solicitado y pagado según su mérito.
>
> No regales tu libro. El público vulgar cree que las prosas y los versos se escriben juega jugando. No sabe nada de los insomnios, de los padecimientos físicos y espirituales de los que damos el jugo de nuestras venas y la vida de nuestros cerebros, para dar alimento al vientre nunca saciado de la prensa periódica. No regales tu libro. Que lo vendan las librerías hispanoamericanas. Entiéndete con Betancourt de Curacao, con Miranda de Santiago, con Casavalle del gran Buenos Aires. Si tu libro gusta, que debe gustar porque es flor de literatura, obra de un verdadero poeta, se agotará esta edición, ganarás dinero y recibirás buenas propuestas. No regales tu libro.

Darío enfatiza ir al exterior y buscar un mercado más amplio no solo fuera de El Salvador, sino también fuera de Centroamérica, contactar a editores más justos que saben sobre el mercado y la venta de libros. Le advierte de no dar su poesía a periódicos que no solo no pagan nada, sino que mantiene a la poesía en un segundo plano, socavando los libros de poesía. Antes de La lira joven, otro libro de poesía había sido el de Francisco Gavidia, Versos de 1884, que no era poesía modernista. Por tanto, Darío no solo está luchando por valorar la obra de Acosta, sino también de darle a la poseía salvadoreña un estatus mayor. Curiosamente le suplica tres veces que no regale su libro y que le aproveche el valor monetario que se merece. Realmente le está suplicando que no cometa un acto en contra de la poesía y los poetas negando recompensa apropiada o importancia al producto del poeta. Esta preocupación de Darío quizá se debe a lo que mencioné anteriormente sobre la tradición de los poetas salvadoreños: generalmente consideraban que su poesía era una producción intelectual más allá de sus profesiones y ejemplificaba al letrado cabal. Su publicación era parte del esfuerzo intelectual y no un esmero por ganarse la vida mediante la poesía. Aunque no necesariamente era el caso de Acosta con su Lira joven, Darío teme que así sea y que este se conforme con el pequeño mercado nacional y con un tiraje de pocas unidades. La inhabilidad de publicar la poesía modernista en libros es claramente una barrera cuyos efectos eran sentidos en su tiempo.

ADVENIMIENTO Y ACOGIDA DEL MODERNISMO

Aunque se ha cuestionado la llegada con suficiente vigor del Modernismo a El Salvador, podemos afirmar hoy sin titubeos que la poca poesía modernista de El Salvador no se debe a la falta de conocimientos sobre lo que estaba pasando con la poesía en Francia u otras partes de Europa. Es indudable que el Modernismo poético llegó y se difundió con la misma amplitud que otros estilos o actitudes artísticos en su tiempo. No tiene ningún caso seguir dudando 'si hubo modernismo el en Salvador', como no tiene ningún caso seguir afirmando que es ahí donde se originó, con el salvadoreño Francisco Gavidia y el joven poeta nicaragüense Rubén Darío en su anecdótico encuentro, entre 'maestro' y 'alumno', respectivamente.[5] Ya en la tercera parte del siglo xix, los barcos que regresaban al país de diferentes regiones, por petición del gobierno o por iniciativa propia de los viajeros, traían revistas y periódicos recientes. Este material literario se mantenía en las lobbies de las sedes de gobierno y clubes culturales nacientes donde las elites intelectuales cotejaban material de Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y hasta España.[6] Además, los periódicos locales publicaban traducciones de los poetas franceses de mayor influencia en los poetas hispanoamericanos en lo que será el Modernismo, como Rimbaud, Mallarmé, Victor Hugo y Verlaine. También desde principios de los 1880 se publicaba la poesía de los poetas modernistas hispanoamericanos, como el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, el cubano Julián del Casal, el colombiano José Asunción Silva y el venezolano Pérez Bonalde, por ejemplo (Roque Baldovinos, 2016). Seguir llamando a los poetas antes mencionados pre modernistas, equivale a un esfuerzo para que cuadren las afirmaciones tempranas de lo que es el Modernismo poético, ya sea por la división temporal, temas, estilos o las generaciones de poetas según escribieron y murieron.

---

5 Joaquín Meza, por ejemplo, afirma que los salvadoreños Vicente Acosta, Francisco Gavidia, y el nicaragüense Rubén Darío constituyen "la triada fundadora del movimiento modernista; y otros intelectuales que formaron la 'Escuela de San Salvador'" (2013: 7). Como ya indicamos, Baldovinos bromea con esta versión de Gavidia y Darío como inventores del Modernismo en 1883 en su encuentro en un cuarto de estudiantes en la calle San José, citando las conocidas palabras del mismo Gavidia, confirmadas cordialmente por Darío en su *Historia de mis libros*, donde declara las poderosas alas que tiene su adaptación del alejandrino francés al castellano, transformando la poesía del continente.

6 Ricardo Roque Baldovinos (*El cielo de lo ideal*, 2016) hace un excelente estudio sobre la poesía salvadoreña entre 1880-1920 partiendo desde el proyecto liberal, la educación, el arte, el Modernismo y su evolución hacia la poesía del mestizaje y del indígena nacional, que marcará las subsecuentes décadas del siglo xx.

DIFUSIÓN DE LA POESÍA MODERNISTA: UNA BARRERA PÓSTUMA

La revista científico-literaria antes mencionada, Juventud (1880-83),[7] inicia la tarea de difusión de la nueva generación de letrados, término más acorde con lo que verdaderamente eran los poetas de esa época. Aparecía cada quince días y aunque su mercado era, por necesidad obvia, las elites culturales que consumían su producto, había un deseo de hacerla llegar a un público más diverso, de quitarle el elitismo y exclusividad, como ilustra la carta que David J. Guzmán le escribe al director de la revista, Joaquín Méndez, indicándole que es necesario: "reducir el precio, que pueda estar al alcance de las diversas clases sociales, sin agravar a nadie en lo necesario para la vida", y sobre el contenido necesario le recomienda "encerrar en poco volumen, con una edición clara y pura los conocimientos en ciencias, poesía, historia, estadística, jurisprudencia, medicina, bellas artes, es decir: la civilización para el pueblo" (Cit. en Baldovinos, 2016: 29).

Otras revistas de unos años más tarde como La juventud salvadoreña (1887-1897, la más longeva de todas), el Repertorio Salvadoreño (1888-92), La pluma (1893-94), El fígaro (1894-95) difundían poesía parnasiana, romántica y modernista, tanto nacional como internacional (Feria Vázquez, 2017: 334-36). Particularmente la revista La quincena (1903-1908), fundada y dirigida por el docente y poeta salvadoreño, Vicente Acosta, difundirá la poesía modernista de los más importantes poetas latinoamericanos, incluidos Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Luis G. Urbina, Guillermo Valencia, José Asunción Silva, Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal, Amado Nervo y José Santos Chocano (Letona, 2003: 117-19). Publicó, además, obras de poetas jóvenes que ya se distanciaban de los extremos del modernismo, como también estudios sobre la poesía modernista y traducciones de Verlaine, Victor Hugo, D'Annunzio, Baudelaire, Eugenio de Castro, Sully-Prudhomme, Heine, que según René Letona, "reflejan los gustos poéticos del cuerpo de redactores, a un tiempo que la moda literaria entonces imperante" (2003: 121). Evidentemente, la revista buscaba el mayor mercado posible entre lectores diversos, presentando material tradicional romántico, modernista y contemporáneo, junto con lo más nuevo e inconformista. Todas estas revistas tenían como meta la difusión plena de los logros del liberalismo nacional en la ciencia, la cultura, el arte y la literatura. Ya entrando LA tercera década del siglo xx, revistas como Mosaico (1919-22) y Espiral (1921-1923) serán las últimas en publicar a poetas

7 Tanto la Asociación La juventud, de la que Francisco Gavidia era miembro, junto con otros poetas jóvenes de la segunda generación romántica (todos tenían menos de veinte años), como la revista científico-literaria *La juventud*, buscaban avanzar los conocimientos y pensamientos de la nueva generación, marcando una clara separación con las generaciones mayores. Eran los letrados revolucionarios de su tiempo, los que pretendían poner al día el arte y el pensamiento.

franceses y poesía nacional afrancesada, y diríamos, clausuran así el Modernismo en El Salvador.

A primera vista no parece que hubo una barrera contra la entrada del Modernismo ni contra su difusión en El Salvador, antes pues, la publicación fue fecunda comparada con el tiempo anterior a 1880. La revistas y periódicos incluían poesía sin importar su estilo (romántico, clásico o modernista), que evidencia una propagación universal que no instigaría rechazos hacia los medios por los lectores cuyos gustos o intereses no fueran complacidos. Sin embargo, hay una barrera póstuma irreductible para Modernismo poético en El Salvador que se levanta un corto tiempo después de las publicaciones. Esto se debe a que las revistas antes mencionadas fueron de poca duración, de muy limitada proyección y de número reducido de volúmenes. Aunque fueron suficiente para difundirse sobre le público lector en su tiempo, no lo fueron para sobrevivir el futuro inmediato con abundancia. Además, varias de ellas estaban hechas de papel de muy mala calidad, como El fígaro, por ejemplo, que duraba muy poco tiempo. Según Baldovinos, quien consultó por lo menos un ejemplar de El fígaro, también tenía una gran cantidad de errores tipográficos y era un poco difícil de leer. Añade que fue la que mejor capturó el espíritu modernista (2013: 17), haciendo con ello que la barrera sea más imponente. El dominio de revistas y periódicos efímeros en la diseminación de la poesía modernista, que en su tiempo era lo más eficaz, reduce hoy cualquier esplendor que pudo haber tenido. Si juntamos a esto la dejadez de los archivos nacionales a partir de los años 1930, simplemente no tenemos constancia de todo lo que se produjo. Los archivos nacionales, almacenados en la Biblioteca Nacional (que está siendo demolida hoy en 2022 por estar ya por más de dos décadas deteriorada a tal extremo que permitió la infiltración de agua que dañó irreparablemente la mayoría del material ahí almacenado), admiRAdos a principios de siglo xx, son hoy una cruel ironía de los gobieRNOs progresistas del siglo xxi.

René Letona cotejó 23 ejemplares de otra revista que difundió el Modernismo y la poesía francesa: La Quincena de los años 1904-1905. Estos ejemplares, por cierto, están en la Hemeroteca Municipal de Madrid, por lo que sobrevivieron al estar más seguros que en su lugar de origen. Letona demuestra la importancia que tuvo esta revista para difundir el Modernismo, entre otras cosas, como también la calidad de las publicaciones y sus colaboradores: los mejores de esos tiempos, tanto críticos como poetas. Sin embargo, estamos ante solamente es un 23% de los ejemplares publicados, por lo que podemos asumir que desconocemos un 77% de poesía modernista difundida solamente en esta revista. Aún los libros, como la Lira joven (1890) y Versos (1899) del poeta modernista salvadoreño Vicente Acosta (1867-1908) no se localizan hoy, y esta es una gran barrera que impide apreciar de lleno lo que fue el Modernismo poético de El Salvador. No sobrevivieron suficientes números de revistas o periódicos donde se publicó la mayoría de poemas modernistas para determinar a ciencia cierta si la producción

fue tan pírrica como parece o si en realidad es un caso de extravío de lo que se produjo. No podemos olvidar que de no ser por el joven nicaragüense Román Mayorga Rivas y su deseo de preservar la poesía salvadoreña es los tres volúmenes que compiló, como ya indicamos anteriormente, estaríamos lamentando hoy la pobreza de poetas que hubo durante el siglo xix en El Salvador. Tendríamos algunos retazos de poemas sin información más allá que nombres de sus autores en la compilación de Salvador L. Erazo, pero aun así sería muy poca ya que él toma gran cantidad de sus poemas de la antología de Mayorga Rivas. Así es de frágil la poesía en una nación que tiene dificultades para preservar la producción cultural nacional.

LA CRÍTICA DOMÉSTICA, BARRERA PÓSTUMA CONTRA EL MODERNISMO

Con mucha normalidad se ha entretenido la posibilidad que el modernismo simplemente no llegó con suficiencia y no logró inspirar o interesar a los poetas nacionales. Más bien, se ha descartado su llegada. Roberto Cea, por ejemplo, afirma que la verdadera poesía salvadoreña comienza con Gavidia, y en este, sin el Modernismo. Otros poetas modernistas, como Carlos Bustamante y Vicente Rosales y Rosales los califica como "nacidos del tamborileo de la palabra […] y del signo del post-modernismo decadente" (Cea, 1971: 10), revelando con ello que considera que el Modernismo en realidad no existió en El Salvador. Es más, se refiere, sin decirlo directamente, a los poetas modernistas como apadrinados que publicaron mala poesía no por sus méritos, sino por las conexiones que tenían y por la ignorancia del lector que no sabía distinguir la verdadera poesía de los juegos lingüísticos. Entroniza a Gavidia como el único poeta que no se puede mancillar, el resto de sus contemporáneos, de una forma u otra, lo hacían muy mal. David E. Galindo, por su parte, se pregunta cuándo empieza el Modernismo en El Salvador y si realmente lo hubo, para con aparente contundencia afirmar que Francisco Gavidia fue su "auténtico iniciador" (1987: 11). Indica además que el Modernismo consiste de dos etapas, la de los 1890 y la de 1915 a 1925. Sin embargo, Galindo identifica solamente a tres posibles poetas modernistas, y todos estos con seria renuencia: Vicente Acosta en la primera etapa, a quien señala como poeta menor, y en la segunda etapa modernista a Carlos Bustamante, Ramón Nufio y las obras primeras de Rosales y Rosales. Más bien, son modernistas muy temporales y esporádicos. Entremedio de estos poetas posiblemente modernistas, señala, hay un vaivén de apertura-retroceso postromántico sin mucho sentido, de poesía vana y superficial, que acopla con los signos acongojados de la vida nacional (1987: 11-12).

Los poetas y críticos posteriores en su afán de categorizar según sus impresiones e intereses individuales alzan una barrera propia que impide apreciar claramente la poesía salvadoreña. Hay que notar que hasta

hoy, desde los primeros estudios de críticos y poetas nacionales de mediados del siglo xx, Uriarte, Toruño, Valdés, y más tarde Cea, Galindo, Baldovinos, por ejemplo, no hay consistencia en quiénes fueron poetas modernistas. De hecho, el mismo Gavidia no es considerado modernista, como tampoco lo es Vicente Acosta o Rosales y Rosales por diferentes críticos. Todos aparecen como premodernistas, postmodernistas, protomodernistas or tarderrománticos. Para Toruño, después de Azul, en la poesía se meten al modernismo Joaquín Méndez, Manuel Barriere, Carlos Mayora, y en prosa Salvador Carazo y Luis Lagos y Lagos. Relega a Vicente Acosta, el más evidente poeta modernista salvadoreño, a transicionista (Toruño, 1957: 187). Podemos ver que Toruño deja fuera al que fue sin duda uno de los más prolíficos modernistas en la prosa, específicamente en la crónica periodística: Arturo Ambrogui. Afirma, además, que el romanticismo nunca cede su puesto al Modernismo (183) y por tanto, concluimos que al final de cuentas Toruño considera que en El Salvador se escribieron algunos versos modernistas dentro de la poesía romántica.

Luis Gallegos Valdés, por su parte indica que "Joaquín Méndez es sobrio y equilibrado, sin las exageraciones de los románticos" (1962: 31), pero concluye que es romántico al final de cuentas, aunque suene modernista. Sobre Gavidia indica que es innovador pero que vuelve al clásico porque no quiere ser segundón romántico (47). Afirma, además, que introducen el modernismo a El Salvador entre 1912 y 1915 Julio Enrique Ávila y Carlos Bustamante (117). Raúl Contreras sería el tercer modernista, que publicó "La princesa está triste", su sonatina poética inspirada en el mismo poema de Darío. El resto de la crítica literaria nacional seguirá con las mismas inconsistencias hasta los últimos artículos publicados en la segunda década del siglo xxi.

La antología de Joaquín Meza, Poesía de Vicente Acosta (2013), iniciada temprano en los ochenta y publicada en 2013 a petición del ministerio de cultura de El Salvador para rescatar la poesía del crucero de los siglos xix y xx, evidencia las discrepancias más recientes. Roque Valdovinos escribe una "Introducción" donde trata el Modernismo en El Salvador y la poesía de Vicente Acosta. Califica a Acosta como epígono del Modernismo, quizá el más consolidado de los poetas modernista de El Salvador (2013: 17). Pero Joaquín Meza, en la parte antes de la introducción de Baldovinos a la que titula "Presentación" indica que Vicente Acosta "representa una transición hacia el Modernismo" (2013: 10). Los dos críticos prologando el mismo libro y definiendo al mismo poeta ponen en evidencia las barreras más recias del Modernismo poético en El Salvador: no hay acuerdo ni entre dos colaboradores de un mismo proyecto. Un vistazo con un poco de atención a los poemas incluidos por Meza (es su selección y edición) deja claro que Acosta era modernista pleno, y basándonos en la poesía modernista salvadoreña que se puede encontrar hasta hoy, sería el más logrado de todos.

Es como si los destacados críticos y poetas[8] desde principios del siglo xx hasta el presente, leyeron diferentes versiones de la producción poética de los autores que estudian. Resulta muy difícil evaluar la poesía modernista y sus autores cuando hay tantas versiones contradictorias sobre lo más básico. Esta es una de las barreras póstumas más efectivas contra el Modernismo en El Salvador que sigue erguida un siglo más tarde.

CONCLUSIÓN

No hay duda de que los poetas salvadoreños de finales del siglo xix y principios del xx produjeron relativamente poca poesía modernista. Sin embargo, hay evidencia que hubo mucha más producción de la que se puede encontrar hoy en día. Las revistas que dominaron la publicación fueron incapaces de perdurar con suficiencia y simplemente no se puede estudiar lo que no se encuentra, que es la barrera más grande ante el Modernismo poético en El Salvador, entre otras. Al mismo tiempo, las actitudes de los artistas hacia el Modernismo impidieron a muchos a darse de lleno a este y no desarrollaron la poesía modernista con todo su potencial. Nunca abandonaron el estilo que mejor dominaban, fuera este romántico o clásico, que muchos mezclaron con algo del Modernismo. Eran, además, tiempos fugaces. Los cambios sociales, económicos y culturales se apresuraron y los poetas se encontraron en una situación caótica donde la estabilidad, hasta cierto punto, la encontraron en el estilo artístico que conocían, mientras se aventuraban con cierta cautela en lo nuevo. Esta falta de entrega es observable en la poesía de la mayoría de los poetas del período modernista y es, a mi ver, lo que motiva las contradicciones de la crítica cuando trata de identificar a los modernistas salvadoreños. José Martí lo explicó muy elocuentemente:

> No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son esencias mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbrase apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diver-

8 La mayoría de los críticos mencionados eran o son poetas. No estoy insinuando que un poeta no puede ser un buen crítico, más bien que en algunos casos, como el de Roberto Cea (1971), que no es ni el primero ni el último, el sesgo es ineludible. Los ataques hacia los lectores que no estén de acuerdo con sus determinaciones son reveladoras cuando les reta que rebuznen como quieran. Ataca la poesía, y al poeta, Alfredo Espino a quien le reprocha que algo tan malo sea tan leído en la nación. Lo tilda de bayunco, como lo hace también con Antonio Gamero, adjetivo que en El Salvador es muy denigrante: tonto, torpe, burdo y chabacano en una sola palabra. No obstante, prosigue a incluir en su antología la "mala" poesía de Espino para evidenciar la ignorancia tanto del poeta como la del lector, lucrándose con ello, claro (1971: 13, 16, 150).

> sas: y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas del mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. (Martí, 1997: 302-303. Cit. en Baldovinos, 2016: 110)

Para eludir las barres póstumas que limitan el discernimiento de la poesía modernista salvadoreña existente, queda pendiente cotejar los poemas y valorarlos por su contenido con mucha más dedicación de lo que se ha hecho hasta ahora. Es verdad que para ser modernista pleno convenía morir modernista, como Darío, Casal, Silva o Agustini. EntrADa la segunda década del siglo xx, la poesía iba cambiando muy rápiDAMente en comparación al siglo xix y los poetas salvadoreños, salvo Vicente Acosta que muere siendo modernista, no se aferraron a un solo estilo. Por tanto, más apropiado sería estudiarlos por sus obras modernistas que como poetas modernistas y así derribar la barrera póstuma al Modernismo erguida por los acercamienTOS CRÍTICOS Contradictorios.

OBRAS CITADAS

Baldovinos, Ricardo Roque. El cielo de lo ideal: Literatura y modernización en El Salvador (1860-1920). El Salvador: UCA Editores, 2016.

—-. "Del modernismo en El Salvador (1880-1910)." Joaquín Meza, ed. Poesía de Vicente Acosta, 1867-1908. El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2013: 11-19.

—-. "Para una filosofía del hecho menudo: Ambrogi y la crónica modernista." Rafael Alfonso Menjívar Larín, ed. Antología del pensamiento crítico salvadoreño contemporáneo. Buenos Aires: CLACSO, 2018: 239-266.

Cea, José Roberto. Antología general de la poesía en El Salvador. El Salvador: Editorial Universitaria, 1971.

Escobar Galindo, David. Índice antológico de la poesía salvadoreña. El Salvador: UCA Editores, 1987.

Eraso, Salvador. Parnaso salvadoreño: Antología esmeradamente seleccionada de los mejores poetas de la República de El Salvador. Barcelona: Maucci, 1917.

Feria Vázquez, Miguel Ángel. "El Modernismo en El Salvador y la asimilación de la poesía francesa." Creneida. Vol 5, 2017: 333-345.

Gallegos Valdés, Luis. Panorama de la literatura salvadoreña. Segunda edición. El Salvador: Dirección General de Publicaciones, 1962.

Gavidia, José Mata. Francisco Gavidia. Artífice de nuestra nacionalidad. Ministerio de Educación Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1965.

Letona, René. "Las colaboraciones de Rubén Darío en la revista salvadoreña La Quincena." Anales de Literatura Hispanoamericana 32, 2003: 115-122.

Meza, Joaquín. "Presentación." Joaquín Meza, ed. Poesía de Vicente Acosta, 1867-1908. El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2013: 11-19.

Menéndez Pelayo, Marcelino. Historia de la poesía hispanoamericana. Madrid, 1911.

Mayorga Rivas, Román (ed.) Guirnalda salvadoreña, tomo iii. El Salvador: Biblioteca del doctor F. Sagrini, 1887.

Toruño, Felipe. Desarrollo literario de El Salvador. El Salvador: Ministerio de Cultura, 1957.